

PANORAMA

Por GASTON BAQUERO

Una docta opinión sobre los toros de hoy

SON muchos los que nos han escrito para decirnos que nuestra actitud contraria a las corridas de toros nace del desconocimiento absoluto que de tal «ciencia» tenemos. Puede ser y no nos da ni mucho frío ni mucho calor no saber de eso porque por muy respetable saber que sea, hay otros saberes que preferimos. Pero he aquí que, según parece, los que sí saben de esa cuestión, dicen cosas muy fuertes del espectáculo. Entre ellos, nada menos que Don José Ortega y Gasset, que ha estudiado muy a fondo el asunto, y encuentra que del toreo actual al toreo de otros tiempos, hay un abismo significativo de decadencia y hasta de farsa para el de ahora. Y entre ellos, entre los que saben lo que hay que saber, encuéntrase también el señor Gracián Celaya, español, que quiere dedicar a Pepe Gasch, gran amigo de los toros, los comentarios que le sugiriera la reciente «Semana Grande» de San Sebastián, donde se dió cita todo el firmamento taurino. Lo que Celaya va a decir ahora en la comunicación que transcribimos, y la cual ha llegado de España hace tan sólo unas horas, viene «como anillo al dedo» para fortalecer los argumentos que nosotros, indoctos en toros, venimos exponiendo en contra de la innecesaria, inoportuna, improductiva, artificial y antipática pretensión de traer a Cuba una cosa que ni tenemos ni queremos y sin la cual, nos pasamos maravillosamente. Dice así el señor Celaya: (yo voy a limitarme a colocar unos signos de admiración, sin ironía, en aquellos puntos de fuerza):



«Ha terminado la «Semana Grande». No obstante, San Sebastián continúa llena de forasteros. Pasan de ochenta mil los que integran la población flotante, de acuerdo con las cartillas de racionamiento expedidas desde fines de julio. Los hoteles, pensiones, espectáculos, cafés y los innumerables restaurantes elegantes y «típicos» de la localidad, se encuentran repletos, al extremo de que se hace necesario esperar turno para conseguir una mesa. Se come, se bebe, se canta y se hace de todo, de todo menos hablar de política. La gente se siente feliz y satisfie-

cha, sin preocupaciones, y «sin hambre» díganlo si no, los muchos cubanos a quienes he tenido el gusto de saludar en San Sebastián, díganlo el señor Silvio de Cárdenas, Fico Fernández de Castro, Roberto Suero, Charles López Oña, Saralegui y otros muchos que han honrado con su presencia a la Perla del Cantábrico. ¡Y decían que aquí se pasaba hambre, que había amagos de revolución! ¡Cuentos de camino! Lo que hay aquí es orden, deseos de paz y una alegría que hace pensar que nos encontramos en la antesala del paraíso.

En verano y en el norte de España, hay que hablar de toros. Yo voy a permitirme como viejo aficionado, dar mi modesta opinión sobre la fiesta nacional comparándola con la de «mi tiempo». No puedo por menos que confesar que las corridas de toros como actualmente se celebran me han causado una verdadera decepción. No es que siempre fueron mejores los tiempos pasados, es que la lidia de toros ha degenerado y que en la actualidad ni hay toros, ni hay toreros ni hay público. (¡!)

Ya en este terreno y con permiso del DIARIO DE LA MARINA, voy a dedicar estos comentarios sobre «toros» a Pepe Gasch, máximo aficionado de La Habana.

EL TORO.—Factor primordial de la fiesta, no es ni la sombra de lo que fué hasta la época de Joselito y Belmonte, en que por la imposición de los «ases» comenzó a degenerar en clase, tamaño y edad. El toro de antaño, era un toro de poder, de arrobas, bien puesto de herramientas y de más de cinco años de edad. El toro actual es pequeño, rara vez alcanza las 1.000 libras reglamentarias de peso y frisa escasamente en los cuatro años, lo que le hace ser falto de poder. Tan es cierto esto, que las multas

a las ganaderías son comunes y el día 15 del corriente, aquí en San Sebastián, hubo que desechar los seis toros de la ganadería de «Covaleda» destinados a Belmonte, Manoliete y Dominguito, por pequeños, sustituyéndolos por los Villamarta que habían de lidiarse al día siguiente. (¡!¡!)

Y es que los «ases» de hogaño (léase Manoliete) de acuerdo con los ganaderos, tratan de lidiar ganado chico y sin poder. Cierto es que se arriman más que antes, que pisan más el terreno del toro, pero también es cierto que no es lo mismo torear una bicicleta que un camión. (¡!)

Cuando llegan a los corrales toros de edad y de peso, se ponen en práctica «trucos» que pasan inadvertidos para los que no están



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

en el secreto. El saco de arena sobre los riñones y la purga mezclada al pasto, que debilita al toro, aplomándolo exageradamente, y si aún así sale un toro con pies, doblando como las propias rosas, codicioso y con poder, ya se encargarán los piqueros de «asesinarlo» al primer puyazo ignominiosamente, en medio de la protesta general, para que su matador se encuentre con un toro quedado y que tarde en revolverse. (¡!¡!)

LOS MATADORES.—Hace treinta años, el toro salía del toril con la velocidad «del rayo tropical». Consistía la primera suerte en los dos o tres recortes a punta de capote y en los lances del matador, por verónicas, navarras, etc., para **parar los pies al toro.** (Esta frase obligatoria en todas las reseñas de toros dará una idea de las condiciones del toro de lidia al salir al ruedo). Hoy en día, lejos de que el matador intente parar los pies al toro, trata de atraerlo al capote porque el pobre animal «ya no puede con su alma». (¡!¡!)

Dos capotazos sin adornos, dentro del terreno del toro y si éste se presta con los pies clavados en la arena, y... al caballo.

El picador no espera que el toro entre en suerte, con una vara kilométrica, pincha **NO EN EL MORRILLO NI PERPENDICULARMENTE** como ordenan los cánones, sino en la paleta, en el rabo, donde puede, barrenando exageradamente y convirtiendo la suerte de vara, tan varonil, tan hermosa dentro de su crueldad, en algo repugnante, en algo asqueroso, en el que la defensa del caballo se confía, no ya a la puya, sino al peto, y en la que el toro inspira aun más compasión de la que inspiraba el caballo cuando no se utilizaban los petos. (¡!¡!)

El matador ya no hace otra cosa hasta el último tercio. No alterna con sus compañeros en los quites (porque no se hacen), deja esa misión que a él solo corresponde, a los peones, hasta que el clarín dispone que llegó la hora del trasteo.

Con la muleta, y si el toro está en condiciones, torea por naturales, muchos de ellos soberbios, como los de Manolete, Dominguín y Parrita; algún pase de pecho aislado, de aquellos que tanto se prodigaban antiguamente con verdaderos toros, unos estatuarios (antes se llamaban por alto, o mejor dicho, ayudados por alto) algún molinete y a... intentar matar.

Todo lo que se hace a un toro desde que pisa la arena, sólo tiene un fin. Prepararlo para el momento de la muerte, es decir, para el más importante y el más difícil de ser ejecutado como Dios manda, el momento en que el matador haciendo la cruz, desvía con la muleta la cabeza del toro para salir por el rabo, tras colocar una entera o una media en todo lo alto, en el lugar preciso, haciendo doblar al bicho sin necesidad de puntilla.

¿Ejecutan los Manoletes de ho-gaño esta suerte? Jamás. Dos pinchazos y al descabello y cuando más una estocada delantera que en otras épocas era motivo de una estrepitosa silba, y allá va la oreja, el rabo y hasta la pata del toro.

La oreja se daba en otras épocas al torero que hacía una faena completa, con el capote, en lances y en quites, con la muleta y con el estoque. Hoy se da la oreja por dos muletazos buenos aunque se atravesase al toro de parte a parte con el estoque. Es como si un alumno va a examinarse y de tres ejercicios sale bien en uno y le dan sobresaliente. No hay matadores de toros. (¡!¡!)

LOS FENÓMENOS.—El fenómeno máximo es Manolete. Lo que pasa con este muchacho apático, seco y engraido que cobra 200.000 pesetas por media docena de naturales (muy bien ejecutados, hay que reconocerlo), es una locura colectiva. La pasión ciega y basta que él dé un capotazo para que sus partidarios lo aplaudan, con o sin razón.

Reconozco que con el capote lancea con los pies atornillados a la arena, pisando el terreno del toro; que sus naturales son formidables (aunque en algunos de ellos meté su «forrito» que diríamos los criollos, alargando más de la cuenta la muleta), que sus manoletinás son airosas y elegantes, pero con todo eso, no es el torero completo, no es ni la sombra de lo que fueron Guerrita, Fuentes, Bombita, Reverte, Algabefío y el mismo Joselito a pesar de su toreo a compás abierto. Allí había más variedad no se acercaban tanto al toro, pero existía alegría, elegancia, adornos y «desplantes» oportunos. No existían las manoletinás, pero se hacía uso «no abuso» de los naturales, de los pases por alto de cabeza a rabo, de los de pitón a pitón, de los pases en redondo y de los de pecho, y se mataba al toro con una estocada **EN SU SITIO** entrando en corto, por derecho y sin volver la cara como hoy se hace y sólo cuando la estocada era de muerte, se recurría al descabello.

No es pues Manolete lo que dicen. La pasión lo ha elevado hasta las nubes. A mi juicio el verdadero «as» del presente, el que hace todo lo que hace Manolete y cosas que Manolete no hace, incluso quebrar con las banderillas, es Luis Miguel Dominguín.

Ese es el verdadero «as» de la actualidad y conste que a mi me cae de simpático, como un saco de martillos.

Del resto de las primeras figuras y aunque ha estado desgraciado en el momento supremo o sea en el de la muerte, tengo que mencionar a Agustín Parra (Parrita), torero valiente, de pundonor y de grandes conocimientos.

Gracián CELAYA



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Gracián